

FINALISTA XLV PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Gregorio G. Olmos

EL HOSPITAL DE LA PIEDRA

HISTORIA DE UN CONVERSO TOLEDANO





JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue finalista del XLV Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Javier Sierra, Desiree Vázquez Becerra, Severiano Pajares Fort, Carlos Erviti, Jesús Martín Santoyo, María Isabel López Martínez, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2026

© Gregorio G. Olmos, 2026

© Fundación José Manuel Lara, 2026

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Imagen de cubierta: Georges de La Tour, *Santa Ana con el Niño Jesús*, c. 1645-1650

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 476-2026

ISBN: 978-84-19132-83-3

Printed in Spain–Impreso en España

En memoria de mi maestro y amigo,
don José Jiménez Lozano.

PREÁMBULO

Loca justicia, muchos alguaciles,
cirineos de putas y ladrones,
seis caballeros y seiscientos dones,
argentería de linajes viles;

doncellas despuntadas por sutiles,
dueñas para hacer dueñas intenciones,
necios a pares y discretos nones,
galanes con adornos mujeriles;

maridos a corneta ejercitados,
madres que acedan hijas con el vino,
bravos de mancomún y común miedo;

jurados contra el pueblo conjurados,
amigos como el tiempo, de camino,
las calles muladar... Esto es Toledo.

CONDE DE VILLAMEDIANA,
«Descripción de Toledo»

A pesar del empeño de los regidores y de las ordenanzas, que vienen repitiéndose a lo largo del tiempo, la muy noble y muy leal Toledo, otrora esplendorosa capital del reino, mediado el siglo XV es una ciudad sucia y maloliente. La

sinuosidad de su trazado, angosto y empinado, el abigarramiento de su caserío y sus más de veinte mil almas, hacen de sus calles muladar, una sentina irrespirable que se alimenta del estiércol, de las letrinas y de las corambres que se cuecen en los noques de sus incontables curtidurías.

Por todas partes rezuma a bardoma.

Las casas, sus fogones y sus viciadas alcobas, desprenden los inconfundibles perfumes del tocino, de las secreciones y de la bosta. Y sus corrales paredaños, donde se forman inmundos albañales, que los caños y los arcaduces quebrados terminan por desaguar a las calles, hieden a heces, a orines, y a las suciedades de las mulas, de los cerdos y de las aves.

Los mesones y las tabernas, entreverándose con los aromas de la pimienta, del hinojo o del jengibre, apestan a vino, a serrín, a tierra húmeda y al aceite de los candiles; y sus mugrientas cámaras, que se arriendan por tiempo, para que traten de sus negocios las mondarias, atufan a fluidos rescos, a sudor, a queso rancio.

Las iglesias, los monasterios y los conventos huelen a incienso y a cera. Y los hospitales, sus jaulas y aposentamientos, en los que se tiene por costumbre sahumar romero y enebro, para encubrir las exudaciones de los cuerpos enfermos, desgranar un acibarado regusto a vómito, a llagas, a hiel, a pústulas, a correncias y a los esputos y a las apostemas de la tisis, de la sarna o de la lepra.

De igual manera ocurre en sus populosos mercados. En las tablas de los pescados y en los tajos de las carnes, que se levantan frente a la fachada norte de la catedral, refluye un inconfundible y punzante hedor a sangraza, pues allí concurren los despojos de las anguilas, de las mielgas o de los congrios, confundiéndose con los sesos de los carneros, las testuces de los puercos y los mondongos de las vacas.

El aire está irremediablemente envenenado.

Y hasta el Tajo está infecto, pues en sus aguas, a través de un albollón, recoge los despojos de los sacrificios que se arrojan del llamado Degolladero.

No obstante los miasmas que, como una bruma densa y contagiosa, pervierten el aire de Toledo, las gentes han terminado por acostumbrarse a las ratas y a los puercos, que a su antojo hozan entre las basuras de las calles, a los cadáveres de las bestias abandonados en las rinconadas, a las miríadas de pulgas, de piojos y de chinches, que se cuentan por sacas, y a los aromas infectos que a su paso emponzoñan todo cuanto rozan, percudiendo en los cuerpos, en los alientos y hasta en las piedras de la catedral primada.

También es Toledo, en este tiempo, una ciudad consumida por la violencia.

Y lo es porque no hay Dios que guíe sus pasos, ni ley que se cumpla, ni rey que sujete con firmeza sus riendas.

Al igual que en cualquiera de las ciudades de Castilla, son corrientes las injurias, las ofensas, los hurtos, los robos, los fraudes, los asaltos, los secuestros, los allanamientos, las amenazas, las agresiones y las reyertas; y son comunes, al abrigo de las familias principales, las disputas de los bandos, los excesos y los abusos de los regidores, de los alguaciles y de los aportellados, las extorsiones de los fieles y de los jurados, y las penas del purgatorio con que mercadean en las iglesias, algunos que se tienen por iluminados. Al igual que en cualquiera de las ciudades de Castilla, a los malhechores se les castiga con la cárcel, con las caloñas, con el secuestro de las haciendas, con la privación de los oficios, con los azotes, con la mutilación de los miembros, con el destierro, con la horca o con el público degollamiento. Y, al igual que en cualquiera de las ciudades de Castilla, los hombres llevan

armas durante el día, pese a la prohibición de traerlas, y durante las noches, cuando la oscuridad se hace profunda y las calles se disuelven en inquietantes sombras, las esquinas y las tabernas se atestan de rufianes, de bergantes, de putas y de aquellos que traen el ánimo de desquitarse.

Pero, a diferencia de cualquiera de las ciudades de Castilla, de todas ellas, la orgullosa Toledo vive en permanente desconfianza, en el mirarse la espalda, en el recelo de las malas avenencias.

Sus gentes, una mezcolanza de aquellos descendientes de los francos, de los castellanos, de los mozárabes, de los judíos y de los moros que quedaron de tiempos de Alfonso VI, y que vendrían a llamarse mudéjares, están muy lejos de entenderse y todo son envidias, rencores y el ánimo de ofenderse.

Los tres primeros participan de un mismo credo, si bien los escasos mozárabes tienen sus particulares ritos y sus propias parroquias. A todos les dicen cristianos *lindos*, *rancios* o *viejos*, y son quienes ocupan los cargos principales del Regimiento y de la Iglesia, quienes se reparten los títulos de ricahombría, de nobleza y de caballero, y quienes gobiernan, a su antojo y entendimiento, los destinos de Toledo. Como no podía ser de otra manera, siendo mayor parte, también son comerciantes, escribanos, vinateros, físicos, herreros, pellejeros, mesoneros, veloneros, alarifes y no pocos miserables.

En cuanto a los hebreos, unas dos mil almas, se sostienen de sus oficios, del arrendamiento de rentas y del comercio al menudo, y, al igual que los apenas trescientos moros que aún quedan por Toledo, viven apartados en sus barrios, tolerados en sus costumbres, y no son motivo de queja, siempre que contribuyan con impuestos doblados y que, de cuando en cuando, se sometan a las burdas vejaciones de aquellos que tienen por costumbre ofenderlos.

Luego están los conversos.

Los malditos conversos.

Son aquellos cristianos *nuevos*, cuyos antepasados pertenecieran un día al linaje de los judíos, a quienes, por agravio, dicen confesos, marranos, herejes o tornadizos.

Los hebreos los desprecian por renegados, y los cristianos lindos los acusan de judaizar, de conducirse como falsos cristianos y de vilipendiar la Santa Fe Católica. Y si bien es cierto que algunos conversos, descendientes de aquellos judíos bautizados a la fuerza tras las matanzas del año de 1391, aun naciendo ya cristianos y a sabiendas de incurrir en delito de herejía, han retomado a escondidas sus costumbres hebreas, no lo es menos que otros muchos practican cumplidamente como devotos hijos de la Santa Madre Iglesia.

Algunos, para hacerse valer, han mudado de apellido, intentando borrar de la memoria de las gentes las huellas de un deshonoroso pasado. Pasado mosaico que los cristianos lindos, por generaciones que pasen, jamás olvidan y de continuo se empeñan en recordar. Solo hay que traer a la memoria a ciertos fanáticos que, todos los sábados, han cogido costumbre de encaramarse a los campanarios, para otear las chimeneas. De observar que no sale humo de la casa de un converso, no dudan en acudir a los tribunales eclesiásticos acusándole de seguir las costumbres hebreas.

Pero el odio que se manifiestan cristianos lindos y conversos no es tan solo una cuestión de credos, ni de ancestrales costumbres, sino una larga historia de rivalidades y envidias. Los conversos prosperan en los negocios, ocupan canonjías en la catedral de Santa María, casan con doncellas de linaje, desempeñan oficios como escribanos, cambistas, jurados, son mercaderes de fortuna y participan en cargos del Regimiento toledano. Han alcanzado un *emпинamiento* en una

turbulenta sociedad, que muchos cristianos *viejos* codician, en la creencia de traer la sangre más limpia.

Así son las cosas en Toledo.

Y así fue, en esta atmósfera de sospecha y desconfianza, en estas calles malolientes y hediondas, en esta Torre de Babel corrompida y violenta, donde vendría a escribirse la historia de Johan García de Laso y Figueroa.

Corría el año del Señor de 1467.

Castilla está en guerra.

LIBRO PRIMERO

I EL ESCRITORIO DE LAS SEDAS

Martes, 21 de julio de 1467

Al igual que su difunto esposo, el *mercader de escritorio** don Alfonso García de Laso y Figueroa, doña Constanza comerciaba con sedas. Disponía de una tienda en propiedad, en la plaza de la Magdalena, donde su fiel criado, Manuel el Viejo, mostraba, por varas o en retales, los terciopelos, los sirgos, los cendales, los damascos, las tercienelas, los brocados, los tafetanes o los rasos de Florencia; las piezas enteras, de veinticinco y de hasta treinta varas, que importaban miles de maravedíes, las almacenaba en el escritorio de su propia casa, en la colación de Santa Leocadia, preservadas en almofrejes encerados de arpillera.

El negocio, desde que lo heredara tres años atrás, coincidiendo con el finamiento de su esposo, gozaba de una envidiable bonanza, si bien no había resultado sencillo en sus comienzos, pues, a su estado de mujer y viuda, doña Constanza venía sufriendo las sospechas que nacían de su condición de conversa. Se sabía, del mismo modo que otros

*. Los mercaderes de escritorio son aquellos que negocian las telas, pero no las tocan con sus manos.

muchos conversos toledanos, señalada y escarnecida por sus vecinos, que, a las espaldas, murmuraban que en su casa no se comía cerdo, ni patagorrillo, pero sí otras viandas, que se consumían, a mayor ofensa de Nuestro Señor Jesucristo, los días vedados por la Iglesia; que sus criados no trabajaban los sábados, como hacían los buenos cristianos, y que, llegando la anochecida de los viernes, prendían velas nuevas sobre candiles bruñidos y se lavaban de cuerpo entero y se mudaban la camisa; y, de igual manera, se rumoreaba que su heredero, Johan, había sido retajado al octavo día, tal y como mandaban las leyes de los judíos.

Cada mañana, al propósito de lavar la prendedura que manchaba su reputación de cristiana verdadera y purgar públicamente los pecados de sus antepasados, acudía a la misa del alba en la Iglesia de Santa Leocadia y, más tarde, a la misa mayor en la catedral de Santa María. El resto del tiempo, de ordinario, lo pasaba en el escritorio de las sedas, donde, a la par que gobernaba su casa, despachaba sus negocios, recibía sus visitas y trataba las cuentas y las cábalas de su hacienda.

Cada tarde, por el contrario, se apartaba de las tareas de su oficio y se entregaba al cuidado y a la educación de su heredero, Johan, su tesoro más preciado.

Aquejado de un extraño padecimiento, que le hacía perder los sentidos, y marcado con una singular señal encarnada en la frente, de la que doña Constanza solía decirle que era el dedo con el que Dios, al tiempo de nacer, le había bendecido, Johan era un chiquillo inquieto y despejado, de condición rebelde, que, a sus cinco años de edad, lejos de seguir los morigerados consejos maternos, seguía a ciegas los de su joven criado, Ramiro o Miro, que era como el chiquillo, desde su primer balbuceo, aprendiera a nombrarle.

De la mano de Miro, Johan había aprendido a dar sus pasos primeros, a pronunciar sus primeras palabras, a descubrir sus primeros juegos y, también, había conocido las almunias que orillaban el Tajo, la iglesia catedral de Santa María, la Huerta del Rey que fundara Ibn Wafid, y las calles y las plazas más principales de Toledo.

Con el tiempo, amo y criado habían forjado un inquebrantable sentimiento fraternal, al punto de que Johan acostumbraba a llamarle hermano, lo cual no descontentaba a doña Constanza, pues cuando trajera a Ramiro de Segovia, al tiempo de fallecer don Alfonso, lo había hecho en la intención de que su vástago, a falta de un padre y de un hermano, contara con un guía, con un espejo en el que mirarse.

Por fortuna, la viuda no había errado escogiendo a su joven criado. A sus dieciocho años, Ramiro era un muchacho industrioso y discreto, que recibiría, llegado el momento, una pequeña dote para emanciparse y fundar su propio negocio. Así lo habían acordado doña Constanza y el padre de Ramiro, Andrés Cochino, cuando apalabrarán, a los pies del acueducto de Segovia, y sancionaran más tarde, ante el escribano, las condiciones del contrato de aprendizaje. Además de los trescientos maravedís, desembolsados a beneficio del propio Andrés Cochino, doña Constanza se había obligado a proporcionar a Ramiro un ajuar completo, que mudaría todos los años, un lugar digno donde dormir y tres comidas diarias. De igual modo, se había comprometido a enseñarle las letras, los números y, lo verdaderamente importante: el oficio de mercadear con los paños.

En la víspera de la Magdalena, aún vivos los disturbios de días anteriores, en que los conversos, a cuenta de un entredicho leído en la catedral, se habían apoderado de los puentes y las puertas principales, Toledo respiraba una tensa calma.

Las calles y las plazas se veían solitarias, los mercados y los almacenes vacíos, en silencio los mesones y las campanas de las iglesias. Y hasta el Tajo, rendido a los arrebatos del estío, bajaba con aguas quietas.

En aquella hora, pasadas las tres de la tarde, cuando el calor más arreciaba, Johan y Ramiro distraían el tiempo a la sombra del corredor de la servidumbre, lanzando guijos a la boca de una vieja alcarraza. Con los ojos entrecerrados, doña Constanza descansaba, recostada en el escaño del patio, junto al muro de piedra que remataba el solar, a cuyo pie se veía el pozo, el ciprés, el sicomoro y los arriates donde crecía la ajedrea, la hierbabuena y algunas flores silvestres de temporada. Junto a ella, se encontraban Quiteria, la cocinera, y las jóvenes criadas, Isabel y Teresilla, organizando las provisiones que Manuel el Viejo y Ramiro, aquella mañana, habían acarreado del mercado franco.

De repente, como un cuchillo abriendo las carnes, se escuchó la campana mayor de la catedral de Santa María tañendo a rebato. Inmediatamente después, uno tras otro, los campanarios de veintitrés parroquias, de las veintiséis toledanas, repicaron con inusitada violencia respondiendo a la llamada. Un retumbo ensordecedor, un viento metálico recorrió calles y plazas, traspasó adarves y recintos amurallados, penetrando en cada iglesia, en cada casa, en cada rincón de cada estancia.

Con gesto preocupado, doña Constanza se incorporó, cruzó el patio a pasos cortos y acelerados y, llegándose hasta el zaguán, entornó con discreción la puerta que se abría a la calle. Escuchó, entonces, el eco de alamudes y fallebas asegurando portillos y ventanas, y vio a los chiquillos corriendo a refugiarse en sus casas, al abrigo de las madres, y a las gentes de bien, como palomas duendas a la vista del

milano, desapareciendo de las calles. Se guardaban de una procelosa muchedumbre que, pertrechada con espingardas, truenos, garrochas y lanzas, se dirigía a la catedral de Santa María.

—¡Aprisa, Manuel, aprisa, no te demores! —dijo, al reconocer a su criado, llegando por el fondo de la calle.

Manuel el Viejo resoplaba como un buey. Había atravesado, a puto el postre, las colaciones de San Ginés y de San Román, después de cerrar la tienda de la Magdalena.

—Los cristianos lindos, señora, se han alzado en armas contra los nuevos —anunció. Y, ante la mirada inquisitiva de doña Constanza y del resto de criados, remató—: ¡se viene la guerra en Toledo!

Todos empalidecieron.

Más temprano que tarde tenía que ocurrir. Las ataguías habían cedido al ímpetu natural de las aguas, y las disputas que sostenían cristianos lindos y conversos, una vez más, habían terminado por desbordarse. Toledo, como si no bastara la guerra en Castilla, se preparaba para librar la suya propia, a cuenta de los Silva y los Ayala.

Doña Constanza pensó en proteger su hacienda.

No resultaría sencillo. Sus criados no eran diestros en armas y la casa, aunque de recia construcción, se dividía en multitud de estancias y alcobas, con ventanas abiertas a tres calles.

De los tres cuerpos principales, distribuidos en manera de herradura, que conformaban la propiedad, el que se correspondía con el zaguán era el más vulnerable, por lo que doña Constanza ordenó afianzar la puerta con tarabillas y entablar el ventanuco que la flanqueaba.

Los otros dos edificios, distanciados treinta pasos, arrancaban de los extremos del primero y se alzaban fronteros,

precedidos de amplios corredores, guarnecidos con arcos de medio punto que miraban al patio.

En el primero, se sucedían la alcoba de doña Constanza, la de Johan, un palacio de invierno y, al fondo, el escritorio de las sedas, en cuya planta superior se levantaba un desván, que tiempo atrás había servido de algorfa y al que se accedía con una escalera de mano. Todas las estancias disponían de sus postigos y tenían sus ventanas enrejadas, salvando el sobrado del escritorio, que contaba con un estrecho vano sin cerrar. En cuanto al segundo edificio, donde se encontraban las tres cámaras destinadas a la servidumbre, la cocina, la leñera y la despensa, doña Constanza ordenó sellar las ventanas con tablas y clavos.

Avanzada la media tarde, se escucharon tiros de artillería.

En aquel instante, la viuda decidió que, durante la noche y hasta que cesaran los disturbios, las mujeres y Johan se recogiesen en la alcoba de Quiteria, por ser la más cercana a la entrada. Manuel el Viejo y Ramiro, por su parte, harían velas en la puerta principal. No obstante, considerando la antigua algorfa el lugar más seguro de la casa, doña Constanza había hecho llevar varias esteras de esparto, dos alhanías, una bacinilla y una jarra de agua, para que su heredero, en caso de necesidad, contase con un lugar seguro donde guardarse.

Al anochecer, Toledo se vio envuelta en llamas.

Sombras de hombres armados se derramaron por las calles, en la penumbra se escucharon espeluznantes gritos de horror, el batir de sables; y en el horizonte cercano, profetizando el apocalipsis de los tiempos que habían de llegar, las casas al norte de la Catedral llameaban desbocadas, reverberando en el cielo una siniestra luz crepuscular.

El incendio se prolongó la noche del martes.